la domina, no es lo mismo cuando el viajero la ve llegar hácia sí, como á mí me sucedió en 1855, hallándome al pié del Vesubio, entre Massa y San Sebastian: entónces, la corriente no es como la del Sena, cuando arrastra polvo de carbon en vez de agua; es un muro encendido en movimiento, que tiene al ménos una milla de anchura por veinte piés de elevacion. Esta corriente, avanzando amenazadora, inundaba los terrenos, abrasaba los árboles, circuia las casas que encontraba á su paso, y sepultábalas despues. Retrocediendo siempre, yo veia algo como olas de piedras que saltaban sobre aquel muro miéntras que avanzaba con irresistible empuje é implacable persistencia. A cada hundimiento, el progreso de la corriente de lava parecia contenerse, pero luégo llegaba otra ola, y despues otra y otra, arrollándolo todo á su paso, y esta lava llenaba los barrancos, invadia la llanura, y amenazaba todos los pueblos situados al pié de la montaña: el espectáculo era verdaderamente aterrador, siniestro, espantoso. Los pobres campesinos, fuera de sí, y los pacíficos labradores, proferian gritos de dolor, y algunos arrojábanse de bruces delante del torrente de lava como para que los cubriese, pero su calor insoportable, cuando ya estaba próxima, obligábales á levantarse, negándose así á poner término á su desesperacion con la muerte.

»Pero en la misma erupcion he visto algo más grandioso aún que esa inundacion de fuego, y creo del caso darlo á conocer aquí. Estamos sobre San Sebastian, en la pendiente occidental del Vesubio: un guía nos ofrece conducirnos una ó dos millas más léjos, á cien piés más de altura; y como ya hemos visto el rio y el torrente, ofrécenos el espectáculo de una catarata. Sin vacilar, enciéndense las hachas, y nos ponemos en camino dos señoritas y yo. Por lo pronto es preciso franquear un sendero casi perpendicular entre la maleza, para lo cual no hay más remedio que cogerse á las matas y abrirse paso: en lo alto de este sendero hay un barranco, en el cual hubiéramos caido todos si no se hubiese sacudido el hacha á tiempo, pero despues pudimos correr á través de los campos, sin compasion á las legumbres. Llegados á cierto punto costeamos el rio de lava por un sendero *estrecho para uno*, como dice Nadaud, pero no *ancho para dos*, y que se corre por el borde del abismo: un paso en falso, y caíamos en medio del fuego. Cruzamos desfiladeros, caminos socavados, retorcidos y pedregosos, y esto por espacio de una hora en medio de la oscuridad de la noche. Estamos á la merced de dos guías, desconocidos para nosotros, y que van precedidos de varios pilletes andrajosos, los cuales no dejan de ofrecer cierto conjunto pintoresco; la situacion es crítica; mas á pesar de todo, las dos jóvenes avanzan valerosamente, sin vacilar, y con un ardimiento casi febril. No son inglesas, pero estoy seguro que no irian á pié por las calles de Nápoles, por temor á las arañas y á la basura; acostumbran á mirar debajo de la cama ántes de acostarse, lo cual indica que tienen miedo; pero aquí las impele *la embriaguez del fuego*.

»Por fin llegamos al borde de un foso; pregunto al guía más jóven qué es aquello, y me contesta: «Es el foso de Farellone;» el otro le reprende, llamándole imbécil, y añade, volviéndose hácia mí: «¡Es el foso de Faraon, excelencia, el emperador romano!»

»Estamos en una meseta: á nuestros piés, á la izquierda, deslízase el rio de lava, rojo como un horno encendido; en la otra orilla, una gran mole negra oculta un foso de donde salen torbellinos de humo; y delante de nosotros, más allá del foso, se ve la catarata. ¿Cómo

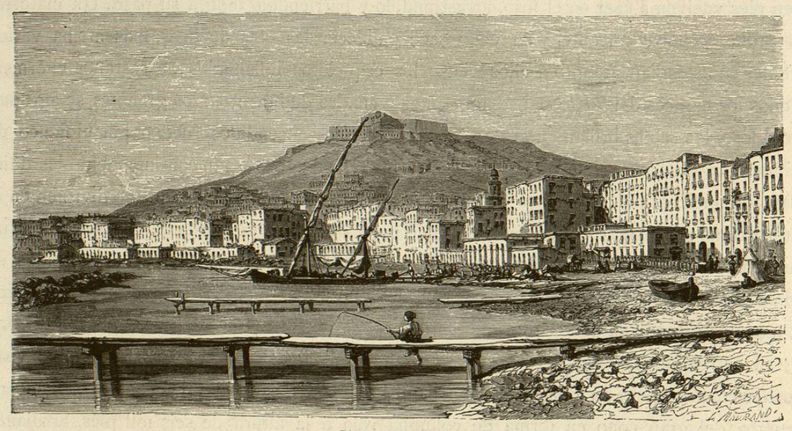
describirla ahora? ¿Habeis visto hundirse las casas durante un terremoto? ¿Habeis visto la impetuosa avalancha que rueda desde las alturas de los Alpes? ¿Habeis visto al Rhin precipitarse en Lauffen en un abismo espumoso? ¡Pues bien! reunid en un cuadro todas esas imágenes; mezclad con la cascada la avalancha y el hundimiento, y agregad al todo un incendio voraz, inmenso, terrible: con esto tendreis una idea del espectáculo. El flanco del Vesubio, rojo de arriba abajo, parece un rayo gigantesco en medio de la oscuridad de la noche: grandes fragmentos de roca, completamente abrasados, saltan y se desgarran á cada momento; frente á nosotros, las olas vomitadas por el cráter invisible elévanse de continuo, y desde una altura de cien piés vuelven á caer en el foso, arrastrándolo y barriéndolo todo á su paso. Un matorral es arrancado por el torrente, y su fuego hace palidecer las olas de lava; más arriba varios árboles se incendian, y junto á ellos vénse los esqueletos inflamados de castaños enormes. Todos los matices del fuego se ostentan en este cuadro de horrores: los granates se agrupan en el foso, los rubíes brillan en el torrente, los carbones encendidos ruedan por el flanco de la montaña, la púrpura flota sobre otras cimas, los relámpagos rasgan continuamente las tinieblas, y á nuestros piés parécenos ver rastros de sangre. Un montecillo que se divisaba en la altura, como suspendido en los aires, invadido poco á poco por la marejada de fuego, oscila un momento sobre su base y cae despedazado: el espectáculo nos hace retroceder, poseidos de admiracion y de espanto, porque esta vez no es ya un torrente desbordado lo que vemos, sino la montaña incendiada que se derrumba.

»Una reminiscencia más, y llego á la última erupcion. En 1855 y 1858 habíamos visto buenos cuadros, pero no el espectáculo espantoso de las catástrofes precedentes; el fuego no brotaba del gran cono en forma de columna roja á la altura de seis mil piés, arrojando piedras, cohetes y fragmentos de roca, con el ruido de una tempestad: esto no lo ví sino en 1850.

»Hallábame en aquella época en la Ermita con varios alemanes y un polaco muy aficionado al lácrima-cristi, el cual anunció que al dia siguiente iria á beber una botella en la boca del volcan, para lo cual deseaba que le preparásemos el camino. Nosotros penetramos en el valle, y no contentos con observar el nuevo abismo que se habia formado entre las dos montañas, nos empeñamos en ir á esperar al polaco en el borde del gran cráter, que vomitaba llamas, tronando sobre nuestras cabezas. El guía se opuso, pero nos pareció ridículo su temor; y no era por efecto del valor y la intrepidez, sino porque nos dominaba la embriaguez del fuego. Un gendarme nos cerró el paso con su bayoneta, mas no era fácil impedir que cruzásemos por un camino de una milla de anchura; el fusil del buen hombre no nos intimidó, pues razonablemente no podia darnos muerte para salvarnos la vida. «Repito que hay peligro,» nos dijo el guía varias veces. «¡Cobarde! le contestamos; lo que tú quieres es otra propina; tómala y adelante.» Así diciendo, emprendímos la marcha.

»A los pocos pasos encontramos dos hombres que llevaban una camilla: era un inglés que al intentar el escalamiento habia recibido el golpe de una piedra que le fracturó un brazo. «¿Qué os decia yo?» murmuró el guía. Dímosle otra propina, y sin contestar palabra seguimos adelante.

»Para conciliarlo todo vamos á sentarnos en medio del cono, sobre la ceniza y entre los dos cráteres, pues así podemos observarlos ambos. A dos pasos de nosotros un arroyo de lava desciende al abismo abierto desde la víspera; es un verdadero mar que se pierde en el horizonte entre nubes de humo, un mar líquido que muge, batiendo los escollos amontonados con sus olas de fuego, que saltan y se rompen en el aire, volviendo á caer en forma de abrasada espuma sobre las altas rocas, iluminadas así fugitivamente. Sobre nuestras cabezas, el gran cráter arroja á la vez hierro, azufre, copos de lava, balas rojas y bombas que pesan tres quintales.



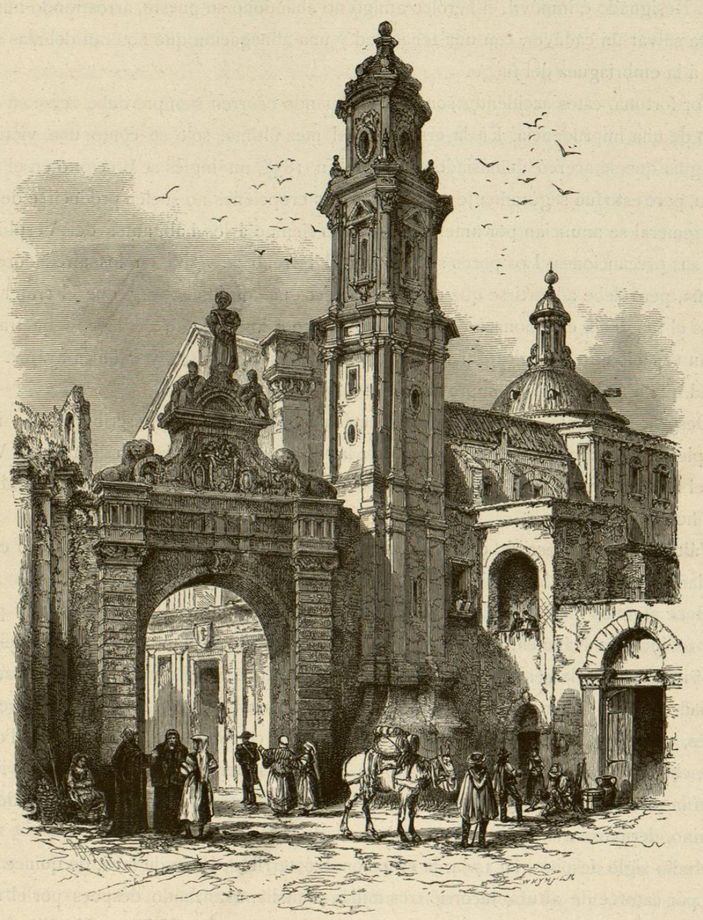
Playa de Marinella

»Ya os he mostrado un incendio que avanza, una montaña que se derrumba; figuraos ahora el volcan que revienta y salta, minado por un sitiador subterráneo; figuraos una lucha de titanes, ó el incendio de Sodoma. En todo el Vesubio se produce una sacudida; un temblor de tierra agita la costra de cenizas en que estamos sentados; á nuestros piés parecen retumbar los martillos de los cíclopes, y á nuestro alrededor óyese como el mugido de un mar tempestuoso, ó un rumor semejante al fragor del trueno.

»El polaco, no obstante, á pesar de los guías y de los gendarmes, habia escalado el cono con su botella de lácrima-cristi; despues de adelantarse á todos sus compañeros, trepando por escarpaduras que hubieran intimidado á un muletero de Schwytz, acababa de alcanzar la cima del volcan; una vez aquí, volvióse para burlarse de los prudentes que le seguian con precaucion; pero al elevar su botella en el aire, cayó como herido del rayo. Una bomba acababa de destrozarle la pierna. Entiéndase que la palabra bomba no es aquí una figura, sino la palabra consagrada en Nápoles; la bomba es una piedra enorme, dura y pesada como el granito. Un copo de lava que caiga sobre el sombrero no hace más que quemarle; pero la bomba aplasta.

»El polaco quedó tumbado sobre las cenizas del cráter, donde una granizada de piedras ardientes caia á su alrededor: un amigo suyo, que le habia visto perder pié, corrió á prestarle auxilio, llegó hasta él, trasladóle detrás de una roca de lava, é inclinóse á su lado para

protegerle y vendar la herida. Todos los demás corrian hácia la Ermita y Resina para buscar socorro, pero el primer punto distaba una legua, y el segundo dos. Ambos amigos quedaron solos, sobre la punta del volcan, en medio de la noche y expuestos al fuego; las ropas de los



Puerta en Salerno

dos no bastaron para salvar al moribundo, que espiraba debilitado por la pérdida de sangre; mas á pesar de esto su amigo no le abandonó, ni quiso disputar aquel cuerpo sin vida al cráter que le habia matado. Solo y desfallecido á su vez, no podia bajar con aquella sangrienta carga hasta el valle por las rápidas pendientes cubiertas de esponjas de hierro, y permaneció echado sobre el muerto durante varias horas.

»Adviértase que no invento nada; el hecho ha ocurrido tal como lo refiero, habiéndolo

confirmado al dia siguiente todos los guías y un amigo del difunto, uno de los que fueron á buscar socorro.

»Durante aquella noche terrible el Vesubio arrojó lo bastante para bombardear una ciudad. Resignado é inmóvil, el heróico amigo no abandonó su puesto, arrostrando mil muertes para salvar un cadáver, con una tenacidad y una abnegacion que no eran debidas seguramente á la embriaguez del fuego.

»Por fortuna, estos accidentes son raros, y cuando ocurren siempre debe verse en ellos el castigo de una imprudencia. En la erupcion del mes último, sólo se contó una víctima, un pobre guía que se acercó demasiado al cráter. En 1858, un inglés se precipitó en el foso de Faraon, pero esto fué seguramente un suicidio. Las erupciones no suelen producirse de repente; en general se anuncian por amenazas que dan tiempo á los habitantes del Vesubio para tomar sus precauciones. Los pozos se secan, y el terreno se agita en los alrededores de la montaña, pero debe advertirse que estos pronósticos no son infalibles, y que el cráter rompe á veces el fuego sin el cañonazo de aviso. En cuanto á la corriente de lava, debe franquear un gran espacio ántes de alcanzar las tierras cultivadas y las casas, y además avanza con tal lentitud que á nadie coge de improviso.

»Desgraciadamente, los magníficos espectáculos que acabo de describir de una manera incompleta, van acompañados de terremotos; las sacudidas agitan las pendientes del Vesubio hasta el mar, destruyendo á veces de un solo golpe ciudades florecientes, cuyos habitantes deben huir muy léjos.

»Fáltanos ahora describir el más reciente de esos terribles desastres, para lo cual nos trasladaremos á Resina, y desde aquí á Torre del Greco.

»Hace algunos meses que la ciudad de este nombre era la más limpia y la más poblada de la provincia de Nápoles; fabricábanse allí corales para todo el universo; y unas veinte mil almas vivian tranquilamente al pié del terrible vecino, que varias veces habia abrasado la localidad. Sin remontarnos á más de un siglo, el 21 de abril de 1737, segun dice el presidente Brosses, que describió el hecho dos años despues, una corriente de lava llegó á Torre del Greco, chocó contra el muro del convento de carmelitas, derribándole muy pronto, introdújose en la sacristía y el refectorio, arrollando cuanto encontraba al paso, y despues de cruzar el camino, detúvose á la orilla del mar á las seis de la tarde.

»Medio siglo despues, en 1794, la erupcion fué terrible; el rio de lava, de quince piés de ancho por catorce de altura, recorrió tres millas y media, avanzando despues por el mar en un espacio de seiscientos piés. El embajador de Inglaterra, sir William Hamilton, alquiló una barca al tercer dia de la erupcion para ver aquella muralla ardiente; á la distancia de trescientos pasos de esta, la lava hacia humear y hervir el agua, que se elevaba á singular altura, sobre todo en un punto donde se encontraban dos corrientes; á dos millas de allí, los peces murieron y tambien las conchas; y el embajador hubo de regresar á toda prisa á la orilla, porque la barca hacia agua por todas partes; el alquitran se habia derretido en aquel mar hirviente.

»Las cenizas que arrojó el cráter aquel año funesto fueron tan espesas, que sólo en la

rama de una higuera se hallaron treinta y una onzas, siendo así que esta rama sólo pesaba cinco. Nada he dicho de esas erupciones de cenizas, que á menudo acompañan á las otras, y son á veces más terribles; las cenizas del volcan fueron las que sepultaron á Pompeya; y añadiré aquí de paso, que más de una vez las del Vesubio, segun dice Dion Casio, llegaron hasta Roma y áun hasta Egipto. La erupcion del mes último cubrió la ciudad de Nápoles de un polvo negro y rojizo, que mezclado con el agua, produjo como una lluvia de cieno.

»Volvamos ahora al desastre de 1794: la lava de este año bajó desde Resina, y despues giró tan bruscamente hácia Torre del Greco, que la poblacion apénas tuvo tiempo para ponerse en salvo: quince hombres débiles y ancianos, que no se habian apresurado lo bastante, perdieron la vida: un fraile salvó á siete monjas que no querian abandonar su convento; una de ellas, de noventa años de edad, calentábase las manos sobre la lava que corria al pié de su ventana, lo cual parecia complacerla mucho, y fué preciso arrancarla de allí por fuerza; todas pedian dispensa del Papa, y temian ménos el Vesubio que el infierno. Se las dijo que se llevasen cuanto tuvieran de más valor, pero sin hacer aprecio, abandonaron su dinero, tomando solamente varios confites y dulces.

»Despues de la erupcion, los habitantes de Torre del Greco volvieron tranquilamente á edificar su ciudad sobre la lava: las antiguas casas sepultadas convirtiéronse en sótanos de las nuevas; se ensancharon las ventanas superiores, construyéronse puertas, y al cabo de algunos meses no se pensó ya en el desastre.

»La poblacion vivió sesenta y siete años sin temor alguno sobre aquella meseta de escorias; pero de repente, el ocho de diciembre último, un violento terremoto difundió la alarma en el vecindario; un momento despues oyéronse espantosas detonaciones, y al mismo tiempo abriéronse de improviso cuatro ó cinco cráteres que lanzaron piedras y bombas, vomitando cenizas y llamas. Ya se comprenderá cuál fué el terror de la poblacion, que aturdida y fuera de sí abandonó la ciudad huyendo hácia Resina y Nápoles. El camino real se llenó de familias dispersas que proferian gritos de espanto, entregándose á esas explosiones de dolor que se manifiestan siempre en el primer momento, particularmente en este país: los niños buscaban á sus madres; las mujeres se mesaban los cabellos llamando á gritos á los hombres de su casa; los ancianos exhalaban ayes lastimeros; los vehículos, cargados de objetos preciosos, corrian á escape entre aquella multitud; los trenes del camino de hierro apénas bastaban para conducir á los fugitivos; y este trastorno duró varios dias. No es necesario descender á más detalles; represéntese el lector veinte mil almas en precipitada fuga y podrá formar una idea del cuadro.

»Sin embargo, la primera sacudida no hizo más que agitar la ciudad; despues siguieron otras que la arruinaron. Las lavas que sirvieron de base á la ciudad se habian desunido, formándose en todas partes boquetes y cuarteándose las casas; el cuadro que presentaba la ciudad era lúgubre y siniestro, y al contemplarlo oprimíase el corazon. He recorrido calles tristes y abandonadas que habia visto en otro tiempo llenas de alegría y de vida; el pavimento, removido en muchos puntos, presentaba anchas grietas; en la gran plaza habíase abierto de improviso una especie de pozo, en cuyo fondo veíanse moles de lava, y hasta el empedrado